**Twilight zone**

El crepúsculo, o *Twilight*, es un breve periodo de tiempo antes del amanecer y después del ocaso: la Tierra todavía no entra o ya no se encuentra en la zona de penumbra, pero el sol ya se ocultó o aún no aparece. Es un estado del mundo: el mundo con luz, pero sin la fuente; el mundo a media luz, donde las diferencias se difuminan y las definiciones se degradan. Un lugar como ubicado en las *bandas de Mach;* una ilusión óptica: la ilusión del día; la amenaza o promesa del día que se va o que viene. Es el umbral, la zona del límite; la fase decisiva del tránsito. Es la *casa del cambio;* el drama que día a día comienza del mismo modo: oscurece.

Nos encontramos cabalmente en territorio de la noche, pero no sumidos en tinieblas. Si bien con algún esfuerzo, todavía podemos ver a ojo desnudo el mundo de afuera: los espacios abiertos hacia lo otro, lo desconocido; desconocido no solo por las posibilidades no agotadas, sino por la vaguedad adquirida de cuanto es presenciado. El crepúsculo vespertino es un lugar de búsqueda; las cosas ya no se presentan declaradamente, explícitamente, sino que requieren de un examen cercano. Es un tiempo de sugerencia, de invitación, ante una auténtica necesidad de aproximación con lo otro y el otro; una aproximación física: un contacto que aún es posible y necesario a través de la vía directa de nuestro cuerpo y la capacidad de nuestros sentidos. Pero si el sensorio es la luz, ¿por qué no hacerlo, entonces, de día? ¿por qué no acudir al llamado, o siquiera escucharlo en pleno día? Quizá porque como decía Wittgenstein, sobre la flama: la flama es misteriosa por ser impalpable y lo impalpable es más misterioso porque, no pudiendo palparlo, queremos hacerlo. *Twilight* sería, así, una zona privilegiada para el encuentro con el mundo; en donde se despierta un deseo de contacto, que además resulta más libre pues ha perdido su gran asidero. El sol no está ahí para ayudarnos, a la manera del padre; porque el sol alumbra, sí, pero en esa facilidad evidente viene la negación implícita que es la sombra proyectada; el sol, con su luz plena, también oculta cosas: *Sol omnibus lucet, omnia sol temperat,* es casi el lugar común de una mentira; la sombra es la ley del sol y la prohibición del día, que se turna según la región y la hora. Digo la región y la hora porque existe, pese a todo, un instante de diurna justicia en las zonas tropicales; allí donde la eclíptica pasa efectivamente por encima de nosotros, nada proyecta sombra al mediodía: *nada es por sobre nada* a su lado; la presencia de nada ni de nadie se proyecta flagrantemente hasta oscurecer aquella de sus semejantes. Pero este accidente de benevolencia solar, no es demasiado diferente a un reloj descompuesto; el cual, parafraseando a Woody Allen, sigue marcando la hora correcta dos veces al día sin por ello marcar el tiempo. Lejos de ser una suspensión del juicio, el mediodía tropical representa su afirmación: el breve instante en que el sol nos mira a todos de frente, es el recordatorio ineludible de su ley, de la luz. *Twilight zone*, por el contrario, representa la posibilidad de salida: de mirada externa, de jurisprudencia entre las leyes del día y las de la noche; allí, existe una débil luz, justiciera por ajusticiada, que funciona con piedad de mala madre: una luz adelgazada que consigue iluminar sin enceguecer. *Twilight zone* responde al anhelo de adquirir el beneficio sin acatar el control: provee de una luz equilibrada, que permite, a un tiempo, tanto el encuentro como la intimidad o, en resumen, la comunicación. El crepúsculo vespertino, preámbulo para la proclamación de la ley de las sombras (o sombras absolutas, en el caso de las noche como de Lilith, luna negra), es el frágil momento sin ley en que casi podemos alcanzar al otro, al vernos empujados a *tocarlo*.

Al ser la puerta entre el día y la noche, es también el puente para su encuentro. Si el día es la presencia del sol, debemos admitir que este puente se da propiamente de noche, que la noche es la negación del día y que esta oposición fundacional no se ha abolido. Pero el hecho de que el paso de uno al otro sea indistinto, nos permite hablar de una zona de identificación; una *coincidentia oppositorum*, como aquella de la Cábala o de Nicolás De Cusa: el lugar donde los opuestos coinciden, como el ángulo más agudo (0°) y el más obtuso (180°) coinciden en ser segmentos rectos; por ello, dijo De Cusa, la recta es la auténtica naturaleza del ángulo, al representar el límite de sus posibilidades contrarias. Si la recta es el *veritas angulus*, el crepúsculo tendría que ser el *verus dies*: el verdadero día, la auténtica naturaleza de la jornada. Así, el tránsito por los días se definiría últimamente por esa hora fatal del salto, del cruce al otro lado; la habitación sería la temporal del vértigo: el refugio que se sabe a punto de derrumbarse. El crepúsculo matinal es el *sprint* final, la última carrera, corta y tempestuosa, hacia el *apocalipsis* del día: la *develación* del mundo. Es el último velo a quitar en una danza de huríes, después del cual sobrevendrá el desnudo integro, el desarme total; la última muralla con la cual protegernos de la vulnerabilidad completa, del terror absoluto de la exposición. Es un tiempo casi *fuera de sí*: un tiempo autónomo en que, como en el del rito, sucedería lo más importante, lo trascendente. Un instante frágil, que será destrozado de un momento a otro; instante precioso y decisivo, pues mira de frente a la fatalidad del nuevo día, que habrá de coronarnos o sepultarnos; pues el amanecer es la llegada de la claridad y con ella del ajuste de cuentas.

Por todo ello, la importancia de vivir a conciencia en *Twilight zone*: entre el mero tránsito de los días.

**Nagisa** (渚 )

*Nagisa* quiere decir, literalmente, playa. Pero no playa como *beach*, sino como *shore* o *seashore*; nagisa no es toda la costa ni una cualquiera, sino la extensión llana de arena blanca, que pueda encontrarse en algunos lugares frente al mar.

Recién se dijo *arena blanca,* aunque esta no siempre sea, o fuera, así. La arena de las playas se produce por acción del agua, principal agente de erosión en la Tierra; las primeras playas, bordeando islas de origen volcánico en una Tierra prebiótica, debieron ser todas de arena negra producida por el desgaste de rocas ígneas; hoy día, la mayoría de las playas son de arena clara debido a la gran cantidad de conchas marinas, ricas en silicatos y otros compuestos orgánicos que les confieren dureza; pues son estos vestigios de seres vivos, al desgastarse con el paso las mareas durante largos periodos de tiempo, los que van conformando esa arena clara y suave, dependiendo la región, de la cual podemos obtener variedades de vidrio, mediante algún proceso de cocimiento de arcillas(desde las más vulgares, hasta las requeridas para trabajos de porcelana y esmalte). La existencia del vidrio depende, pues, de la disponibilidad de arena clara; desde la existencia de envases de cerveza barata, hasta piezas de marquetería china o figurillas de ballet en porcelana, todo proviene de arenas orgánicas: de vestigios de vida, de reliquias. *De tales polvos, tales lodos*, dice la gente; pero cosas muy diversas nacieron como arena: comenzaron su existencia específica como arena cualquiera, de la que, en principio, nada parecía anunciar la posibilidad de sus transmutaciones.

La misma arena que se requirió para la colección de figurillas del teatro-ballet *Mariinski*(conocido durante el periodo soviético como *Kirov*)*,* fue necesaria para la fabricación de la cristalería fina de cuyas copas bebieron los zares; pues si algo caracteriza al cristal fino no es la arcilla sino el tener algo de fierro en la mezcla, y es esa pequeña porción metálica la que, de hecho, hace *cantar* a las copas auténticas cuando son humedecidas y frotadas por el borde; es por ello, también, que solo con ellas se obtiene un sonido claro, armónico y resonante al golpearlas entre ellas o con un objeto metálico. Sin embargo, esa misma arena, indulgente con los brindis del poderoso, fue también la clave oculta detrás de numerosas revoluciones aún más resonantes. La fabricación de lentes cada vez más nítidos posibilitó el desarrollo del *occhiale* o telescopio, determinante para las observaciones galileanas y, con sus resultados, para el derrumbe de la escolástica y la llegada de la física moderna. De modo similar, fue gracias a estos lentes que Leeuwenhoek pasó de revisar la calidad de textiles, a observar por primera vez microorganismos y tejidos vivos, con lo que, nacería la microscopía aplicada a la futura biología. Las bombillas de vidrio fabricadas al vacío, nos permitieron traer al mundo una luz como la que viera Moisés en la narración del Éxodo: un fuego ardiendo en una zarza, que ilumina pero sin quemar; es decir que, gracias a la arena, pudimos fabricar algo con un poder solo equiparable, hasta entonces, con la materialización de Dios. Finalmente, cuando las nuevas máquinas revolucionaron los métodos de fabricación de vidrio, la arena posibilitó el surgimiento de un gran número de materiales ultraligeros, resistentes y superconductores; proceso que obtuvo su último hito con el desarrollo de la fibra óptica, cuyas aplicaciones hicieron posibles desde la fabricación de cohetes y la exploración espacial, hasta la medicina endoscópica, el advenimiento de la informática, la era de las telecomunicaciones, la multimedia e internet. La arena, pues, nos devolvió a los modernos y posmodernos los viejos sueños de la alquimia.

Desde los paseos descalzos hasta el *surf*; desde el asentamiento de humildes comunidades pesqueras hasta la celebración de los brindis más selectos; desde las burdas ventanas traslúcidas (más no transparentes) de los regimientos romanos hasta nuestra vida en la era de las telecomunicaciones, la arena fue la que lo posibilitó todo. Detrás de todas estas historias tan diversas, se encuentra siempre alguna *nagisa.* La historia de todos estos milagros, comenzó con alguna playa blanca, en la que construir castillos resultó ser más que un juego; la arcilla se convirtió en vidrio, el vidrio se hizo espejo, y en él pudimos contemplarnos a nosotros mismos, insertos en un mundo. Parece ser que en esto, Jesús sí se equivocaba: al final del día, no es tan necio el hombre que construye su casa sobre la arena; pues si los hombres de Dios construyen sobre la roca sólida de la fe, los hombres de arena, los *sandme*n que nos visitan por las noches para sumirnos en sueños, esos hombres construyen maravillas donde se posan; las historias de ambos narran nuestra relación con los milagros: unos los esperan, otros los fabrican.

Si algún día quedara en mí dar a algo un nombre, atributo de poder y conocimiento, elegiría el de sueños y lagañas. Elegiría las *playas sin fin* rimbaldianas, de las cuales zarpar en busca de *blancas naciones jubilosas.* Elegiría zarpar tras un devenir vitrificable en la teoría: me fiaría de la contemplación, como la que emprendió Georges Sand en su *viaje a través del cristal.* Por sobre el oro y aún por sobre el petróleo, elegiría arena blanqueada, producto de vida, desgaste y muerte. Elegiría, como aún elijo, a Nagisa.

**Invierno- Luna azul/ o9**